

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año III
Número 125

25 cts.

Protagonista
Keaton

PASION Y BODA DE

NDIAL
ARTADO 925

PASIÓN Y BODA DE PAMPLINAS

PASION Y BODA DE PAMPLINAS

Argumento, en forma de novela, de la extraordinaria película cómica del mismo título. Producción Loew Metro. Exclusiva de "Gaumont", Valencia, 274

THE SAPHHEAD
1920

PROTAGONISTA:

EL MAS CÉLEBRE DE LOS ACTORES CÓMICOS

BUSTER KEATON



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARBARÁ, 15 — BARCELONA — APARTADO 925

PRIMERA PARTE

El sol, como conviene a la índole de este relato, salió brusco de detrás de una montaña, y se alzó, con rapidez, como para alumbrarlo todo, y de una manera como si hubiesen tirado con una cuerda de él. Una vez arriba, su súbita claridad se extendió sobre el palacio de dos célibes con muchas ganas de cambiar de estado. Uno de ellos era Pamplinas, protagonista principal de los acontecimientos que se van a ir relatando aquí; el otro, su amigo Pilatos, que era dos veces de gordo y alto que Pamplinas.

La luz del sol hizo que los dos hombres se levantaran, pero apenas lo habían hecho cuando Pamplinas hubo de atarse un pañuelo alrededor del rostro, de lo mucho que le dolía una muela. Pilatos, a lo primero, empezó a reírse de él; luego, viendo que su amigo sufría seriamente, empezó a consolarle, pero como sus consuelos no sirvieran de nada, se dispuso a obrar de otro modo para evitar que Pamplinas sufriera. Al efecto, cogió una fuerte cuerda, la ató a la muela dañada por una parte y por la otra a la cerradura de la puerta, con la intención de abrir ésta con fuerza y que la muela saliera. Resultaba que la cosa ocurría al revés, lo que no habían previsto, pues la puerta se abría para adentro, con lo cual, naturalmente, la cuerda, en lugar de tirar, se aflojaba. Pero como el caso era que la muela había de salir, al aflojarse la cuerda, salió, como si hubiesen tirado de ella. La cosa es absurda, pero tratándose de un hombre tan

singular como Pamplinas, nada es absurdo. Las cosas más disparatadas, hechas por él, o que le acaezcan a él, parecen naturales. Así, pues, aunque cómico pareció natural que la muela saliese de este modo.

En seguida, se dispusieron a almorzar. Como la casa no tenía más que una habitación, el ingenio de los dos amigos había logrado que todos los muebles y utensilios tuviesen una doble o triple utilidad. Y así, en efecto, lo habían logrado, con arte extraordinario. Claro es que, en medio de todo, había cosas pintorescas en extremo. Pero la vida, al fin y al cabo, bien observada, no es más que una cosa pintoresca, muy poco sería por cierto. De aquí que Pamplinas y Pilatos, pintorescos y cómicos y absurdos, entendieran tan bien la vida, que es, en el fondo, como ellos.

Mientras Pamplinas hacía, en la hornilla, el desayuno, Pilatos se peinaba, frente al espejo, pues que ya tenía preparada la mesa, como era su obligación. Y como el espejo, igual que todos los demás enseres de la casa, tenía doble utilidad, de vez en cuando, Pilatos lo volvía: en la parte contraria había el retrato de una bellísima joven, a la que miraba embelesado.

Pamplinas, dándose cuenta de ello, se acercó a él y le dijo:

—Amigo Pilatos, para casarte con esa tontería de mujer, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—No te pongas trágico, Pamplinas.

—Te lo digo muy seriamente. Esa mujer es el sueño de mi vida.

—¿También te pones romántico?

—No te burles, Pilatos. Estoy hablando con el corazón en la mano.

—Acabas de decir, Pamplinas, un lugar común de muy mal gusto, casi ridículo. Todo el mundo dice eso mismo y yo creía que tú eras diferente a todo el mundo. Primero has estado trágico, luego romántico y

por último ridículo. En resumen, insufrible. Esa es la verdad.

—No desvíes la charla, Pilatos. Lo que te he querido decir, y te repito, es que esa mujer o será mía o no será de nadie. Yo la amo...

—¿Te ama ella?

—No lo sé.

—Pues eso es lo que más interesa saber. Si ella no te ama, de nada servirá que la ames tú.

—Te equivocas si así lo supones. Aunque ella no me ame, o será mía o no será de nadie...

—Pero eso es bárbaro...

—En amor todos los hombres volvemos a la barbarie.

—Amigo Pamplinas, hoy no dices nada más que disparates.

—Lamento que lo creas así. Suponía que eras más inteligente.

—Bueno. Si te parece, dejaremos esa charla para otra ocasión y trataremos, ahora, de almorzar.

—Sí, es lo mejor.

Dicho esto, Pamplinas volvió a la hornilla. Se había apagado el gas. Gritó a su amigo: Trae la escalera, Pilatos, que hay que echar céntimos a este aparato tragaperras del gas.

Trajo Pilatos la escalera, y Pamplinas subió a ella, sacó de su bolsillo una moneda de diez céntimos, en la que se había hecho un agujero, por el que la moneda estaba atada con un débil y fuerte hilo de seda, la metió por la ranura hecha en el aparato expreso para este menester y, cuando hubo hecho la presión necesaria para que hubiese gas, la volvió a sacar, tirando del hilo de seda, y la guardó de nuevo en su bolsillo, para otra ocasión.

Rieron ambos complacidos, por lo que acababan de hacer y hablaron, largamente, de diferentes cosas, pero casi todas referentes a cuestiones de dinero, que

eran las que más a menudo no sabían como resolver.

A poco, se sentaban a almorzar. La mesa, cuando no comían, era un adorno de la pared. Claro que era una mesa sin patas, que se sostenía por unas cuerdas que bajaban del techo, las mismas que luego, por otro mecanismo, la sostenían contra la pared en forma de adorno, tal que si fuera un escudo de armas. Todo lo demás de la casa era igual. Todo servía para los menesteres más contradictorios. La cama de Pamplinas, por ejemplo, que estaba junto a la pared, en forma de sofá, era debajo un cajón, que daba a una áncha tubería, por la que arrojaban el agua sucia, la cual iba a parar a una zahurda, para servir de baño a unos cuantos cerdos. En la cañería que había debajo de la de Pilatos, que era exactamente igual, echaban todos los restos de comida, que iban a caer en un gallinero. Todo, pues, estaba mecanizado. Allí no se desperdiciaba nada.

Mientras comían, el salero, la vinagrera, la aceite-
ra, el azucarero, las tazas, las cucharas, etc. etc., se las arrojaban uno a otro, tal como estaban, atadas al final de cuerdas. Terminando de comer, echaban varios cubos de agua sobre la mesa, se lavaba todo, recogían las cuerdas, que al encogerse ponían cada cosa en su sitio, y la casa quedaba como nueva. El agua sucia, que quedaba en el suelo, salía por debajo de la cama hacia la zahurda. Un orden en medio del desorden, reinaba soberano y de modo que, sin verlo, parecería increíble.

En cuanto los dos amigos acabaron de almorzar, se lanzaron a la calle, cada uno por su lado. Se diría que iban a buscarse la vida: nada más lejos de la verdad. Como personas absurdas, no se preocupaban de una cosa tan vulgar. La vida, sin buscarla ellos, la iban viviendo sin muchos conflictos.

Iban cada uno por su lado, pero los dos con un mismo fin, o sea, con el de encontrar a la joven cuyo re-

trato tenían en casa, detrás del cristal, en el espejo, y charlar con ella. Ninguno se había declarado aún a la joven, que se llamaba Clarita y que era hija de un granjero vecino. Aquella muchacha, bellísima de verdad, parecía que iba a ser causa de una ruptura entre los dos amigos, hasta entonces inseparables.

Siempre que hablaban de ella, en efecto, su charla se tornaba esquinada, atravesada de palabras irónicas y heridoras. El diálogo que hemos reproducido, de los dos amigos, es buena prueba de esto que decimos. Ambos trataban de encontrar frases punzantes. Sin embargo, hasta la fecha, se soportaban, tratando, no obstante, de hablar lo menos posible de aquel asunto.

El padre de Clarita sentía tan excesiva simpatía por los aspirantes a la mano de su hija, que siempre que se tropezaba con uno o con otro los maltrataba de mala manera, ora de palabra ora con un palo que, como granjero, casi siempre llevaba consigo. Ellos, por amor a la hija, perdonaban al padre sus intemperancias, ciertamente un poco fuera de lo soportable.

También a Clarita la trataba su padre de muy mala manera, sobretodo porque ella tenía aficiones coreográficas. Así, cuando la encontraba ensayándose, en el jardín que había en la puerta de la granja, si la muchacha no se escondía pronto, caía sobre ella cualquier objeto contundente, lanzado por el padre con furia sin igual.

El día que comienza nuestro relato, Clarita, irritada contra su padre, le había preparado una crema excitante, con el fin de que éste echara fuera, de una vez, toda la bilis que guardaba en su interior, a ver si después la dejaba tranquila.

Dejó la crema en el alféizar de la ventana de la cocina, segura de que su padre en cuanto llegara y la viera se la comería, y después se fué al jardín de la

puerta para dedicarse a sus aficiones más sentidas, es decir, a bailar, en modo de danza, todas las tonadas de que tenía memoria.

A poco de estar bailando, llegó emocionado, Pilatos, que viendo a Clarita, le dijo:

—Con ese talento, irá usted muy lejos, Clarita.

—¿Lo cree usted así?

—Es una cosa de la que no cabe duda.

Contenta del elogio, Clarita hizo, bailando, unas cuantas graciosas piruetas. Pilatos quiso ayudarle a hacer algún tiempo de la danza, y entró en el jardín donde ofreció a la joven, puestos ya en forma para el baile, sus brazos.

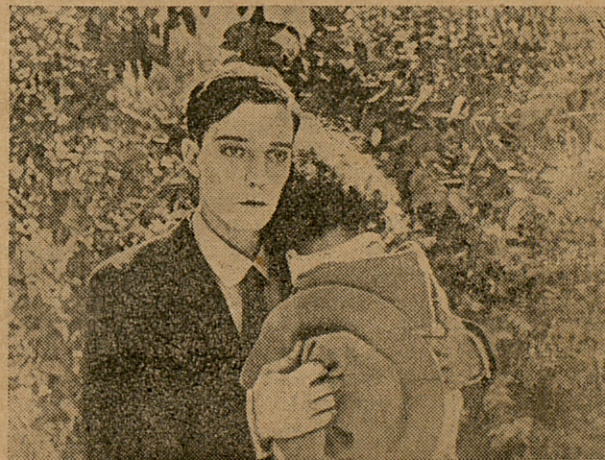
En este momento, llegó el granjero, al que no vieran ni su hija ni Pilatos. Indignado, se fué a buscar un fuerte garrote para dar un castigo ejemplar a los dos jóvenes.

Mientras él buscaba el palo apropiado para la faena que se proponía llevar a cabo, por el otro extremo del jardín se acercó Pamplinas, que al ver a su amigo y a su amada bailando, sintió que el corazón se le deshacía de celos y de rabia. Iba a dar un salto, para lanzarse, como una fiera hambrienta sobre su presa, encima de su amigo, cuando sus ojos tropezaron con los de un perro del granjero, que le miraba con fría y acerada mirada. Tembló Pamplinas. Aquella mirada de aquel perro no era una mirada normal. No se lanzó, pues, sobre Pilatos. Se puso a la expectativa para defenderse de un probable ataque del perro, que le seguía mirando fijamente.

El perro había descubierto la crema que Clarita preparó, con tanta paciencia, para su padre, y se la había comido. Excitado por ella, el perro se encontraba a dos dedos de la enajenación mental. De aquí el brillo frío y acerado de su mirada.

SEGUNDA PARTE

De pronto, irrumpió en el jardín, esgrimiendo un garrote colosal, el granjero. Pilatos huyó, con la presteza que le permitía su gordura. El granjero le



persiguió, furibundo, diciendo palabrotas de maldición y de condenación. Ante ellos, el perro dió también un salto, pero hacia Pamplinas, que era quien estaba más cerca de él. Pamplinas comenzó una carrera como para ganar un premio famoso. El perro, ladrando y dando saltos asombrosos, le seguía muy de cerca. De un momento a otro, al parecer, le al-

canzaría sin remedio. Atravesaron campos, sembrados, vallas, bosquecillos, jardines, casetas de madera. Todo inútil. El perro no desistía de su persecución. Y Pamplinas, cansado, se veía perdido, devorado, sin encontrar un refugio propicio. A cada momento que pasaba, el perro estaba más y más cerca de él. Empezó a ganarle el miedo. Sus piernas, al principio firmes, empezaron a temblar tal que débiles arbolillos azotados por un viento de tempestad. Cuando ya se le agotaban las fuerzas, tropezó con una casa en ruínas. Subió a lo más alto de las tapias. El perro le siguió. La carrera, entonces, fué por las alturas, de pared en pared y dando saltos tras saltos. Al fin, Pamplinas pudo aislar al perro, con un rasgo de su ingenio inagotable. Para pasar de un lugar a otro, por encima de una ancha puerta, había puesto un tablón. Le sirvió para huir, pero también al perro para perseguirle. Logró una vez, cuando ya lo hubo cruzado, arrojarlo al suelo. El perro se quedó a un lado y él a otro, mirándose con curiosidad. Había, en la mirada de Pamplinas, un aire de triunfo, en la del perro, debe decirse, de admiración. Tranquilo de su victoria, Pamplinas se sentó sobre la tapia. Pero estaba tan rendido, que se adormiló un tanto y, así, en un vaivén impensado, cayó al suelo. El perro, entonces, volvió a lanzarse sobre él. Hubo de emprender nueva carrera, perseguido por el animal, que no quería renunciar a su presa.

El granjero y Pilatos, se habían dado cuenta del peligro que corría Pamplinas. Hasta tal punto, que el uno se olvidó de huir y el otro de correr en persecución del que huía.

—¡Ya se librará del perro, si puede!—dijo el granjero refiriéndose a Pamplinas y, en seguida, se olvidó del por qué se hallaba allí, y volvió, con paso tranquilo, a la granja.

Pilatos, en cambio, exclamó:

—¡Pobre Pamplinas! Su piel se halla en peligro. Yo, su amigo, debo acudir en su auxilio.

Al efecto, marchó a la casa de ambos y se preparó, tal que si fuera a acudir a un partido de fútbol, para ir en su ayuda. Aparte de una pistola y de otras armas, llevaban un verdadero botiquín.

Pero cuando salió de la casa, Pamplinas no se veía por ninguna parte. Andó, a la ventura, hacia la dirección por donde antes lo había visto, seguro de que le encontraría.

No había de encontrarle, por entonces. En tanto que Pilatos se alejaba de la casa, Pamplinas, huyendo del perro, se acercaba a ella, por la dirección contraria, y entraba en ella, por una ventana. Pero no le dio lugar a cerrarla y el perro entró detrás de él. Salió por otra, y el perro le siguió. Volvió a entrar por la misma que antes, para volver a salir otra vez. Esto se registró varias veces y, en los momentos que Pamplinas podía estar dentro, fué levantando su cama para arrojarle por la tubería, seguro de que así lograría eludir de una vez la persecución. Al fin, pudo realizar su propósito de arrojarle por aquel agujero, hasta entonces sólo aprovechado para verter las aguas sucias. Al meterse en él, dejó caer la tapa, cerrando la entrada al perro. Pero éste, temeroso de que allí hubiese alguna trampa para él, hizo lo que había visto hacer a Pamplinas en su cama, en la cama de Pilatos. Así, a poco, el animal, por otra tubería, salía también al exterior.

Pamplinas, en seguida de caer en el fango donde se bañaban los cerdos, y cuando ya se consideraba libre, vió caer en el gallinero a su perseguidor. Sólo les separaba una valla de madera. De nada le había servido en aquella ocasión su ingenio. Su enemigo estaba otra vez frente a él. Hubo, deshecho ya, de emprender, de nuevo, veloz carrera, siempre perse-

guido. Cuando ya empezaba a decidirse para no correr más y para dejar que el perro hiciera con él lo que tuviera por conveniente, llegó a un campo donde acababan de segar el heno y de amontonarlo. Se lanzó, como a un mar, a uno de los montones de blanda y olorosa hierba, en el cual desapareció al fin.

El perro comenzó a dar vueltas en torno al montón de heno, pero sin atreverse a meterse en él. Llegó una carreta, que estaba transportando el heno a una máquina cercana, en donde era lavado para después hacer con él perfumes. Envuelto en un haz, Pamplinas fué subido a la carreta. El perro la siguió, tranquilo, seguro de que todavía volvería a tener ante sí a aquel a quien perseguía.

En efecto; a poco, entre el heno lavado, Pamplinas salió de la tubería de la máquina lavadora. Pero en las vueltas que dentro de la tubería había dado, se dejó la ropa exterior, y la poca que le quedaba, interior, estaba destrozada.

El perro, que le esperaba, al verle salir, poco menos que en el traje de Adán, se condeció de su desgracia. El efecto de la crema ya había cesado. Si el perro hubiese tenido las facultades de un hombre, habría reído al ver a Pamplinas casi desnudo. Como no tenía estas facultades, se compadeció de él y se acercó a él como para consolarle. La prueba de que eran éstas sus intenciones, le lamió la cara y le tendió su mano derecha, alzándola del suelo.

Amigos ya, emprendieron el camino de regreso. Para ir a su casa, Pamplinas tenía que pasar por muy cerca de la de Clarita, que era también la del perro. Al llegar, se arrodilló en el suelo, para despedir al animal, con tantas pruebas de cariño como se le ocurrieran, toda vez que éste se había portado con él mucho mejor que suelen portarse los hombres.

Jugó primero con el perro, sin abandonar aquella

posición, un buen rato. Luego, estrechándole las dos manos, lo despidió. Se alejó el perro, sin apresurarse, y Pamplinas le vió alejarse, de rodillas aún, porque estaba abstraído, meditando en los contrastes que ofrece la vida a quien la observa con atención.

Cuando aun no se había levantado, oyó un ruido que se acercaba, por la parte de sus espaldas. Pero no se dignó volver la cabeza. ¿Para qué? Casi no ocurre nada que merezca que volvamos la cabeza para ver lo que es.

Aquel ruido era producido por Clarita, que venía huyendo de su padre. ¡Si Pamplinas lo hubiera sospechado!... Clarita estaba bailando, como de costumbre, en el jardín, cuando su padre llegó del campo. Como a éste le hacían mucho daño las expansiones bailables de su vástago, en seguida echó mano de su garrote, único argumento de que solía disponer. Clarita salió corriendo. La casualidad la dirigió hacia el lugar en que Pamplinas estaba arrodillado.

Pero ni uno ni otro se vieron, hasta que estuvieron juntos. La primera en ver al otro fué Clarita que, interpretando a su modo la posición de Pamplinas, exclamó:

—¡Usted a mis pies, Pamplinas! ¡Oh, el corazón me late como un despertador!

Pamplinas, cogiendo por los cabellos aquella situación inesperada, quiso aprovecharla para hacer confesión de su amor. Así, pues, contestó:

—Sí, yo a sus pies, Clarita... Porque la amo... Porque mi pecho es un volcán que arde en amor hacia usted... Porque vivo en plena tempestad de amor que me enciende y me consume y acabará con mi existencia si usted se niega a ser mi esposa...

—¿Por qué había de negarme?

—¿No se niega? Dios acaba de enviarme, con esas palabras, el presente más magnífico que haya tenido ningún mortal. ¡Clarita, amor de mi vida, serás mi

esposa y yo tu marido ! ¡ Viviremos felices y contentos !

—Yo esperaba, hace mucho tiempo su declaración, Pamplinas...

—Torpe de mí, que no lo había adivinado. Me parecía que no le era indiferente mi amigo Pilatos y los celos me mordían el corazón tal que si fueran perros rabiosos.

—¿ Pero cómo es posible, Pamplinas, que creyeras que yo tenía tan mal gusto ? ¡ Casarme yo con un hombre tan gordo ! ¡ Que disparate !

—¡ Que bien me hacen tus palabras, adorada Clarita ! Jamás había oído una música tan suave y tan sedante como la que se desprende de ellas...

—Levántate ya del suelo. Seré tu esposa en cuanto tú lo dispongas.

—Hoy mismo, amada mía. No se debe dejar huir a la felicidad cuando nos sale al camino. Prepáralo todo. Vendré a recogerte dentro de unas horas. Huiremos. Al primer pastor que encontremos, le haremos que nos eche la bendición.

—Sí, Pamplinas, hoy mismo quiero ser tu esposa. Aparte de que estoy segura de que voy a ser muy feliz, huiré así de junto a mi padre, que es insufrible.

—Es verdad : insufrible e insoportable. Además, hasta tiene barba, para que la cosa sea más grave aún. Un hombre con barba parece siempre cosa de teatro.

—¡ Qué cosas tienes ! ¡ Por eso te quiero más !

En este momento, llegó el padre de Clarita, que como hemos dicho había salido en persecución de su hija y que, habiendo oído las últimas palabras, se había puesto hecho una verdadera furia. Su indignación creció aun más al ver a Pamplinas con los restos de traje que llevaba, lo que le hizo exclamar :

—¡ Horror ! Mi hija hablando con Pamplinas y Pamplinas arrodillado ante ella vestido de ese modo.

El mundo se va a acabar, no cabe duda, cuando pueden ocurrir estas cosas.

También llegó en aquel momento Pilatos, que aun seguía buscando a su amigo para librarle del perro, y al verle de aquel modo, sintió, contra él, toda clase de odio, de rabia y de cólera, toda vez que aquello era, acaso, quitarle toda esperanza de conseguir el amor de Clárta. Esta, al oír a su padre, salió corriendo hacia la granja, para huir de él por lo pronto, y para preparar sus cosas con el fin de marcharse con Pamplinas después.

Pamplinas también salió corriendo, para no caer en las manos de su futuro suegro ni en las de su amigo Pilatos, que le amenazaba, los cuales, puestos de acuerdo, salieron en su persecución, diciéndole toda clase de denuestos.

A poco, al salir de un maizal, Pamplinas tropezó con un espantapájaros de los que ponen los campesinos en los campos, hechos con ropa vieja de hombre. Se ocultó, en aquella ropa. Nadie podría descubrirlo. Como sus perseguidores le seguían muy de cerca, junto al espantapájaros se pararon, extrañados de que Pamplinas se les hubiese perdido de vista. Como se pusieran de espaldas a él, Pamplinas aprovechó la ocasión para que se pelearan, dando un puntapié a cada uno. Como estaban solos, naturalmente, cada uno creyó que había sido el otro quien le había pegado, por lo que se ensarzaron en una disputa que acabó en riña, como era natural. Y entonces, cuando reñían, Pamplinas huyó. Pero le vieron y se dieron cuenta del engaño de que habían sido víctimas, por lo cual emprendieron de nuevo la persecución con mayor ahínco que antes.

Pero ahora Pamplinas les llevaba mucha delantera y no era fácil que le alcanzaran. No le alcanzaron, en efecto, y Pamplinas llegó a la puerta de la granja, en

donde ya le esperaba Clarita, toda arreglada, y con un caballo enjaezado para montar en él y huir.

Montaron, rápidos, y partieron, al galope del caballo, en busca de un pastor que les echara la bendición para ser felices.

El granjero, viendo a su hija y a Pamplinas huir a caballo, dijo a Pilatos:

—¡ Si no los detenemos, van a hacer una barbaridad!

—¿Lo cree usted así?

—¿Qué duda cabe? Si no los detenemos, ¡van a casarse!

TERCERA PARTE

La barbaridad que el granjero se temía, no pudo ser llevada a cabo aquella tarde, porque faltaban a los novios algunos pequeños detalles de documentación. Pero Pamplinas supo escapar a la vigilancia de su futuro suegro y de su amigo Pilatos que, sin duda, le habrían echado por tierra todos sus proyectos. Y dos días después, durante los cuales nadie pudo saber dónde estaban Clarita y Pamplinas, la barbaridad fué consumada. Es decir, se casaron.

Y como las cosas que le ocurren a Pamplinas no le ocurren a nadie más, resultó que sin haber invitado a nadie a la ceremonia, la capilla estaba llena de gentes, vestidas a propósito, como si invitados fueran. Y todas aquellas gentes, saludaron a los novios, cuando ya estuvieron casados, como se acostumbra saludar en estos casos, o sea, deseando a la nueva pareja un sin fin de cosas que luego casi ninguno tiene.

Lo más curioso es que ni Pamplinas ni Clarita

conocían a ninguna de aquellas personas que les saludaban, rodeándoles tal como si fueran de su familia.

Sabido es que Pamplinas es un hombre muy serio. Pues bien; nunca había estado más serio que en esta ocasión. Sospechaba que aquellas gentes es-



tuvieran burlándose de él. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Todos eran buenas personas, que habían acudido a la boda como a un espectáculo, con toda buena fe. Pero Pamplinas, acostumbrado a la maldad humana, no se fiaba. Por esta razón, miraba de reojo a cuantos les rodeaban, y no se separaba de Clarita, temeroso de que pudieran robársela.

Nada de esto era fundado. Tanto no era fundado, que cuando los novios salieron de la capilla, llo-

vió sobre ellos una nube de zapatos, como es costumbre en el país donde todo esto sucede. Se dice que con esos zapatos va la suerte, o el deseo, de parte de quien los arroja, de que tengan suerte los recién casados. Hay creencias para todos los gustos. Otras personas creen que la suerte está en las herraduras de las caballerías. Bien es verdad que también éstas son unos zapatos...

El asombro de Pamplinas ante aquella demostración fué, en verdad, extraordinario; no esperaba nada de aquello. Pero mayor fué el que recibió cuando vió que un auto les esperaba. Miró en torno, sin salir de su estupor y dijo a Clarita:

—Todo lo que nos sucede es muy raro. No hemos invitado a nadie, y la capilla se ha llenado de gente. No conocemos a ninguna de estas personas, y todas nos arrojan zapatos, felicitación digna de aprecio. No hemos avisado a nadie la hora de nuestra boda, y un auto nos espera a la puerta. Verdaderamente, todo esto es muy extraño. Estoy por desconfiar...

—No hay que desconfiar de nada, Pamplinas amado. Se dice que las personas buenas tienen afectos desconocidos. Tú eres bueno, yo soy buena; esas gentes, que no nos conocían, sabrían nuestra bondad y por eso han acudido a rendirnos este homenaje de aprecio.

—Me dan ganas de creerte, Clarita, pero tú ves las cosas de ese modo porque eres muy buena. Y las demás gentes no son tan buenas.

—¿Quién sabe! Mira, ahora que me fijo. Conozco al chófer. Es un antiguo pretendiente mío. Yo le rechacé, porque no le amaba. Sufrió, pero no debe guardarme rencor cuando ha venido a ofrecirme su auto, precisamente cuando acabo de casarme con otro hombre.

—¿Un antiguo pretendiente tuyo!... ¿Y crees de veras que sus intenciones sean ésas?

—¿Qué duda cabe?

—Clarita, desconfiemos. No son las personas tan amables.

Hubo de cesar en este punto el diálogo de los novios porque el chófer se acercó en aquel momento y dijo a Pamplinas:

—Vengo, sin ningún interés, para llevarlos a donde deban ir. De paso, le traigo una carta del que es ya su suegro.

Al decir esto, entregó un pliego cerrado a Pamplinas que lo abrió y lo leyó rápidamente. Decía aquella carta, que era para Clarita:

«Querida hija Clarita: Siento mucho la mala partida que me has hecho casándote con ese estúpido de Pamplinas, pero como que a lo hecho pecho, y ya no tiene remedio, te envío mi regalo de boda consistente en, dada la carestía de las viviendas, el solar número 99 de la calle desierta, donde os llevarán, por mi cuenta, una casa plegable que espero montaréis con el mayor cuidado y en donde podréis vivir si es que es vida la que en lo sucesivo vais a pasar, que lo dudo mucho. Tu padre.»

Pamplinas rompió la carta con furia y ordenó al chófer:

—Al solar número 99 de la calle Desierta.

Clarita le preguntó:

—¿Qué dice mi padre, amor mío?

—Nos regala el solar número 99 de la calle Desierta y una casa plegable, que habremos de montar, y que nos llevarán hoy mismo. Dice algunas cosas más, pero son tonterías, como de tu padre.

—¿Por qué no me la has dejado leer?

—No se deben dejar leer tonterías. Interrumpen la digestión. Es una cosa antipática. Además, bastantes tonterías tenemos que soportar cada día, sin necesidad de leer. Si luego con la lectura aumentamos la ración, estamos en peligro de entontecer.

—¡Qué cosas tienes!

—Ya lo sabías tú que yo era así.

—Claro que lo sabía. Por eso te amo.

Pancracio, el chófer, al oír de labios de Clarita que amaba a Pamplinas, sufrió un ataque de celos, pues ya hemos sabido, por boca de la joven, que la había pretendido. Los celos, pues, le aconsejaron que pusiera en práctica, sin tardanza, el plan que había meditado aquella mañana, debido al cual había ido a esperar a los novios. Dicho plan consistía, sencillamente, en robar a la novia, llevarla a cualquier parte, hacer que se divorciara de Pamplinas y que, luego, se casara con él.

Al efecto, se puso a hablar con Pamplinas y, de pronto, le dejó en tierra y salió escapado a toda marcha con su auto, dentro del cual iba Clarita, que se puso a gritar con desesperación. Pero iban por un paseo poco transitado y nadie podía oírlo.

Pamplinas, al pronto, por la sorpresa, no acertó a hacer nada. Miró hacia todas partes, un poco alelado, pero sin decidirse a dar ni un paso. A poco, reaccionó, de un modo impetuoso y se dispuso a realizar todas las hazañas que fueran menester para recuperar a su amada. Así, en el primer auto bueno que cruzó por su lado, en la misma dirección por donde había huido Pancracio con Clarita, montó sin pedirle permiso a nadie. Poco más tarde, Pancracio se dio cuenta de que Pamplinas se acercaba. El auto en que éste iba corría más que el suyo. Volvió, pues, hacia atrás, para despistar a su perseguidor, pero Pamplinas estaba a la expectativa y de un salto volvió a estar al lado de Clarita. Y luego, con el mismo ímpetu y decisión, logró que Pancracio se quedara en tierra y huyó, con Clarita en su compañía, hacia el solar que les habían regalado. Todo esto, mucho más pronto de lo que se dice. Pancracio, burlado, empezó a idear otro plan de venganza,

pero como ya era tarde, lo dejó para el día siguiente.

Pamplinas y Clarita, ya en el solar, empezaron a preparar cobijo para pasar su primera noche de amor. Iban a tenerla que pasar teniendo por techo las estrellas. La casa plegable aun no la habían llevado, y aunque la llevaran, no había ni que pensar en empezar los trabajos de montaje, que se llevarían varios días. En el solar no había ni hierba que sirviera de colchón, ni un arbusto bajo el cual resguardase. En verdad, mal principio iba a tener su felicidad. Sin embargo, no se lamentaron. Eran modestos y se querían. No necesitaban nada más. Bajo las estrellas, lo mismo que en el más lujoso palacio, el amor es lo primero de todo. Si lo hay, lo demás no se echa de menos. Faltando el amor, al contrario, todo lo demás sobra.

Como Pamplinas hiciera un gesto de preocupación, Clarita lo consoló diciéndole:

—No sufras, amor mío. No te preocupes. Tu Clarita te quiere igual de todos modos. Prefiero pasar la vida en descampado, a tu lado, que no rodeada de lujo al lado de un hombre al que no amara...

—Ya lo sé, Clarita mía. Y ese es mi consuelo. Sin embargo, sufro. Sufro por ti. A mí, teniéndote a ti, todo me es igual. Pero quisiera para ti un palacio, que tú lo mereces.

—Lo tengo ese palacio. Es tu corazón, en el que estoy metida y del que no saldré nunca...

—¡Qué suave y que dulce consuelo me proporcionan tus palabras! He aquí que ya no estoy preocupado. Unas frases tuyas han desvanecido la tormenta que se iba incubando en mi mente y que, al estallar, quizá me habría producido una desesperación sin medida.

—No te desesperes. Yo, estando a tu lado, me conformo con todo. Con lo único que no podría con-

formarme es con la falta de tu cariño. Como lo tengo, me siento feliz.

—Gracias, amada mía. Dormiremos en el suelo, pero el ensueño nos visitará y cerrará nuestros ojos acariciándonos.

—¡Oh, Pamplinas mío, cuanto nos queremos!

—Es verdad, nos queremos mucho, locamente...

Hubieron de cesar de hablar. Llegó un hombre, conduciendo un carro, brusco, vociferando. Acudieron. Dijo que por poco si les encuentra y que había no se sabe qué equivocación en la dirección que le habían dado y que por esta causa llevaba varias horas buscándoles. Ni Pamplinas ni Clarita se fijaron mucho en lo que decía. Eran tan felices, que todo lo exterior apenas si llegaba a interesarles.

Por fin, aquel hombre, dejando en el suelo un montón de maderas muy bien atadas, exclamó:

—Ahí queda su casa.

—Muy bien—repuso Pamplinas.

—¿Sabrás tú montarla?—le preguntó a su amado Clarita.

—Sí, sin duda, ya lo verás. Empezaré mañana. Hoy ya no haría nada. Se acerca la noche, nuestra primera noche de amor. Pondremos el montón de maderas hacia la parte de dónde venga el viento para resguardarnos de él.

—Eso es; muy bien. Nuestra casa, la primera noche, ya nos hará su servicio.

Al colocarla, de través, contra el viento, Pamplinas leyó en un papel pegado a las maderas:

«Compañía de casas desmontables. Para montar la casa, unir los tableros siguiendo el orden de la numeración.»

—Mira—dijo a Clarita,—las instrucciones constan aquí. La cosa, así, es mucho más fácil de hacer.

—¡Es verdad! Estas compañías no se olvidan de nada.

—Naturalmente. Si así no fuera, para hacer una casa de tablas no hacía falta la compañía.

—Realmente. Tienes razón. Siempre tienes razón.

—Ojalá que siempre seas del mismo parecer.

—¿Por qué no había de serlo?

—Temo que cuando lleves algún tiempo a mi lado empieces a contradecirme. Dicen los experimentados que todas las mujeres hacen lo mismo.

—Haces mal en compararme con las demás. Yo soy distinta.

—Es cierto. La prueba es que yo no me he enamorado nada más que de ti.

—También tú eres diferente que todos los demás hombres, y por eso yo te amo a ti sólo.

—Bueno. Ahora, nos retiramos a descansar. Mañana, en cuanto amanezca, empezaré a montar nuestro hogar, donde nos hemos de querer eternamente.

Clarita dió un salto y besó en la boca a Pamplinas. De súbito, se hizo de noche. Sólo en las cosas que le suceden a Pamplinas la noche llega tan rápidamente.

CUARTA PARTE

Transcurrió la primera noche de los enamorados novios a la luz de las estrellas, junto al montón de maderas de la cara plegable, y, desde la aurora del día siguiente, ambos se preocuparon de levantar su hogar.

Pamplinas, provisto de un serrucho y de un martillo, comenzó, con gozosa alegría, los trabajos preliminares. Clarita, hacendosa, preparó, entre unas piedras, un hornillo para hacer la comida, en tanto

que la casa no estuviera terminada. Así, a poco de haber salido el sol, y en el preciso momento en que Pamplinas, estando cortando, con el serrucho, un madero saliente, sin fijarse en que estaba sentado en la parte que había de caer, caía al suelo. Clarita le gritó, con voz muy diferente de matiz que la del día antes, pues que habiendo sido ya amada era ya otra mujer distinta.

—¡Pamplinas! ¡Ya está listo el desayuno!

—Está bien, hijita. Bajo volando.

Bajó, en efecto, volando, pues fué entonces cuando cayó al suelo. Sin pensarlo, había dicho una de las verdades más grandes de su vida. No se inmutó. Le pareció natural el percance. Clarita rió, complacida, bromeando. Pamplinas muy serio, como era su costumbre, comentó el suceso con naturalidad y abandonando las herramientas acudió al lugar donde Clarita había improvisado una mesa para tomar el desayuno. Amorosamente, la pareja tomó aquel alimento, dulce y bueno porque lo habían preparado las manos amadas de la novia.

Pancracio, el chófer celoso, que acechaba desde el amanecer, aprovechó aquel momento de descuido de Pamplinas para llevar a cabo el plan de venganza que había forjado el día anterior cuando le falló el primero. Al efecto se acercó a las maderas de la casa plegable y cambió el número de unas cuantas, borrando los que tenían y poniendo otros en su lugar. Hecha esta faena se alejó sonriendo irónicamente.

Pamplinas tenía ya montada, a aquellas horas, toda la parte baja de la casa, de modo que en ella no podía notarse el efecto del cambio de los números. Pero en lo que construyó después sí se notaba y mucho. Aquel cambio de números fué una verdadera revolución estética. El edificio, como consecuencia, resultó pintoresco en extremo. Era, acabadamente, una casa del más puro estilo cubista.

Pamplinas, que no se asombraba de casi nada, quedó admirado de su casa.

—Se deben estilar así—comentó simplemente.

Lo más curioso de todo era que la puerta principal del edificio quedaba en el primer piso.

—Se debe estilar así—repitió otra vez Pamplinas.



—Sin duda, esto es un nuevo sistema para parlamentar sin peligro con los acreedores. Estas cosas las debió inventar alguno que tenía muchas deudas. No cabe duda de ello.

Clarita no decía nada. Únicamente reía, gozosa, de cuanto ocurría a su alrededor. Todo le parecía divertido. De vez en vez, riendo sin cesar, abrazaba y besaba a Pamplinas que, con el calor de los besos, adquiría nueva fuerza e ímpetu para seguir trabajando. Tanto trabajó, tanto le hicieron trabajar los

besos, los abrazos y las risas de Clarita, que cuando llegó la noche la casa estaba ya montada por completo. Era trabajo de varios días, pero Pamplinas, para el que nada había imposible, lo resolvió en un día solo.

Era claro que no quería pasar su segunda noche de amor teniendo por techo el cielo y expuesto a, si llovía, bañarse vestido.

Al oscurecer, la casa estaba terminada. Clarita, en seguida, se metió en el baño. Si bien, por estar al lado de Pamplinas era capaz de soportar todas las incomodidades, era muy aficionada al confort y gustaba de estar rodeada de sin fin de cosas agradables. El baño era para ella, como para toda persona delicada, una delicia. Por esto, en cuanto la casa estuvo lista, su primer faena fué desprenderse de las ropas e ir a recibir la blanda caricia del agua.

Mientras ella se daba este placer exquisito, Pamplinas, en la puerta, recibía una visita inesperada: un hombre alto, gordo, enorme, con un piano a cuestas, regalo de su suegra. Sin decir nada, aquel hombre le dejó caer el piano encima. Luego, sacando un papel, se lo mostró y le dijo:

—Firme usted aquí que ha recibido el piano en perfecto estado.

Para que firmara Pamplinas, el hombre gordo hubo de levantar un extremo de la pesada mole musical, y cuando ya tuvo la firma, la soltó de nuevo y se alejó sin decir ni una palabra de despedida.

Pamplinas quedó debajo. Hubo de trabajar mucho más que para construir la casa, para salir de allí. Clarita, como estaba bañándose, no se enteró de nada.

Una vez fuera, se presentó otro conflicto. El piano no cabía por ninguna de las puertas que había en la parte baja de la casa. Sólo entraría bien por la principal, pero ésta, ya lo hemos dicho, había queda-

do en el primer piso. Provisto de cuerdas, Pamplinas amarró el piano como si fuera un criminal y subió al primer piso para, tirando, elevar el piano y entrarlo por la única puerta que cabía. Cuando acabó esta faena, después de infinitas peripecias, estaba tan rendido, que ni las caricias que le prodigaba



Clarita le hacían efecto, tanto que las había deseado.

Cuando las criaturas se mueren, poco antes de morir, deben sentir las angustias que Pamplinas sentía en aquellos momentos. Eran, en efecto, unas angustias de muerte. Para acabarlo de arreglar, Clarita, que tocaba muy mal, se sentó junto al piano. Si Pamplinas no se murió entonces, hay que decir que es probable que no se muriera nunca. Claro es que se daba cuenta de lo mal que tocaba Clarita porque estaba muy cansado, casi deshecho. Si se hu-

biera encontrado bien, los sonidos que su amada arrancaba al piano le habrían parecido divinos. Que el estar rendido puede cambiar de tal modo el juicio...

A los pocos días, al fin, Clarita y Pamplinas, con la casa ya amueblada convenientemente, pudieron dar un banquete a sus amistades, verdaderamente distinguidas. Ambos, con refinada medida, hicieron los honores de la nueva casa. La comida fué extraordinaria. Se bailó después, y se cantó, y se contaron anécdotas muy divertidas. Clarita estaba encantadora. Pamplinas, serio como siempre, refirió lances, accionando como un consumado actor, en extremo interesantes, que encantaron a la selecta concurrencia. Muchas solteras envidiaron la suerte de Clarita y muchos solteros la de Pamplinas. Ellos dos, dándose cuenta de ello, se sentían aun más felices.

De pronto, a media noche, estalló una tempestad fragorosa, especialmente de viento huracanado.

La casa plegable se sostenía en el suelo por un único palo, que salía de su centro, al modo del palo mayor de un barco. Todos los tabiques y dependencias de la casa partían de aquel centro. Naturalmente, al empezar la tempestad, la casa empezó a dar vueltas sobre aquella especie de eje vertical. Pero de un modo, al principio, casi inadvertido. Sólo lo advirtió Pamplinas, que había bebido poco. Los demás, que estaban poco menos que borrachos, creyeron que lo que sucedía era efecto de la bebida. Pamplinas, advertido de lo que sucedía, salió a la calle. Se llevó las manos a la cabeza ante la imposibilidad en que se veía de evitar las vueltas de la casa. Estando él en la calle arreció el huracán. Las vueltas, por lo tanto, empezaron a ser mucho más veloces. Quiso entrar para decir a los demás que salieran. Pero no podía. Si entraba por una puerta, la violencia de las vueltas lo arrojaban por otra. Es-

tuvo así largo rato, entrando y saliendo. Al fin, viendo la nulidad de sus esfuerzos, se sentó cerca de la casa a esperar los acontecimientos.

Dentro, cuantos en la casa había, iban rodando por el suelo, de acá para allá, sin saber fijamente lo que sucedía. El aire abrió una puerta y, siempre que aquella puerta, en las vueltas se ponía frente a la corriente, salía por ella uno de los visitantes. Al fin todos fueron, de ese modo, arrojados a la calle. Clarita fué a caer al lado de su amado y ninguno de los dos se movió como si estuvieran en su blando lecho de recién casados en plena luna de miel.

Uno de los invitados se acercó a Pamplinas y le dijo:

—Me ha parecido magnífica la sorpresa que nos ha reservado usted. Pero, para otra vez, póngale caballos de madera a la casa y así la ilusión de que es un «tío vivo» será más completa.

Dicho esto, se fué, acompañado de todos los demás, y sin ninguna respuesta de Pamplinas, a quien le pareció de perlas que se hubiera creído que lo sucedido era una sorpresa preparada por él.

A poco, habiendo cesado la tempestad, Clarita dijo:

—¡Pobre casita! ¡Ha quedado hecha un acordeón!

—Es que las corrientes de aire no le prueban... Aquí es el sitio ideal para instalar un molino de viento.

Era al amanecer y un guardia urbano sorprendió a los novios con esta noticia:

—Se han equivocado ustedes de número. Este es el 66 y el suyo es el 99, que está al otro lado de la vía.

—Vamos a arrastrar hasta allá la casa con el auto—dijo Pamplinas. Y Clarita aprobó.

La ataron al auto, y la casa, rodando sobre unos

NOVELA CINEMATOGRAFICA

tonelès que le habían puesto debajo, empezó a caminar hacia el número 99. Pero al cruzar la vía el auto se negó a andar más.

En esto llegó un tren y la casa fué destrozada.

Los dos novios, sentándose en el suelo, empezaron a lamentarse.

—Será nuestro destino—dijo Pamplinas—no tener casa. Pero nos queremos mucho.

Juntaron las bocas y estalló un beso de amor. Para esto no necesitaban casa.

FIN

Nueva colección de Postales-retratos de ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (Fotografías)

ART ACORD	LILLIAN HALL
AGNES AIRES	WILLIAM S. HART
ITALIA ALMIRANTE MANZINI	WANDA HAWLEY
MARY ANDERSON	SESSUE HAYAKAWA
ROSCOE ARBUCLE (Fatty)	WALTER HIERS
RICHARD BARTELMES	HELEN HOLMES
ENNID BENNET	CAROL HOLLOWAY
ARMAND BERNAT	CLARA HORTON
FRANCESCA BERTINI	JACK HOXIE
CONSTANCE BIDNEY	CHARLES HUTCHITSON
GEORGES BISCOT	GARET HUGES
ALICE BRADY	MARIA JACOBINI
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NARCYA CAPRI	ROMOUALT JOUBE
JUNE CAPRICE	LEATRICE JOY
HARRY CAREY (CAYENA)	ALICE JOYCE
JAWEL CARMEN	DIANA KARENNE
IRENE CASTLE	TILDE KASSAY
MARGARITA CLARCK	BUSTER KEATON (Pamplinas)
JANE COLW	MADGE KENNEDY
GRACE CUNARD (Lucille)	DORIS KENYON
ELENA CHADWICH	NORMAN KERRY
LON CHANEY	CLARA KIMBALL YOUNG
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	MOLLIE KING
CHARLES CHAPLIN (Charlot, paisano)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	NATALIA KOWANGO
VIOLA DANA	LAURA LA-PLANTE
BEBE DANIELS (Ella)	DOUGLAS MAC LEAN
HELENA DARLY	VITORIA LEPANTO
RACHEL DAVYRIS	MITCHEL LEWIS
PRISCILLA DEAN	ELMO K. LINCOLN
CAROL DEMPSTER	MAX LINDER
REGINALD DENNI	ANNA LITTLE
WILLIAM DESMOND	BERT LITTLE
XENIA DESNI	MARGARET LIVINGSTONE
KATERINE MAC DONALI	LUISA LORRAINE
LUCY DORAIN	BESSIE LOVE
WILLIE DOVE	LOISE LOVELY
WILLIAM DUNCAN	HAROLD LLOYD (El)
MISS DU-PON	MACISTE
MAXIME ELLIOT	CHARLES MACK
ELIONOR FAIR	GINETTE MADDIE
DOUGLAS FAIRBANKS	LYA MARA
FRANKLIN FARNUM	MAE MARSH
WILLIAM FARNUM	MARGARET MARSH
GERALDINA FARRAR	SHIRLEY MASON
ELSIE FERGUSON	M. MATHE
MARGARITE FISHER	FRANK MAYO
FRANCIS FORD (Conde Hugo)	THOMAS MEIGHAM
ALEC B. FRANCIS	MARY MILES MINTER
PAULINA FREDERICK	SANDRA MILLOWANOFF
MAUDE GEORGE	GASTON MITCHEL
EDUARDO (HOOT) GIBSON	TOM MIX
JEQUELINE GODSON	BLANCHE MONTEL
	TOM MOORE

ANTONIO MORENO
JACK MULHALL
MAE MURRAY
RENE NAVARRE
ALLA NAZIMOVA
POLA NEGRI
ANA Q. NILSON
MABEL NORMAND
MARIA OSBORNE
SENA OWEN
BABY PAGE
JEAN PAGE
LIVIO PAVANELLI
DORIS PAWN
EILEN PERCY
HOUSE PETERS
MARY PHILBIN
JACK PICKFORD
MARY PICKFORD
EDDIE POLO
HENNY PORTEN
MARIA PREVOST
PRINCE (Salustiano)
HEBERT RAWLINSON
CHARLES RAY
WALLACE REID
FRITZI RATGEWAY
M. RINSCKI

CAMILO DE RISSO
WILL ROGERS
RUTH ROLAND
MARCELLE ROLLET
WILLIAM RUSSELL
PATSI RUTH MILLER
JOE RYAN
CLARISE SELWYENE
LARRY SEMON
GUSTAVO SERENA
PAULINE STARK
ANITA STEWAR
GLORIA SWANSON
CONSTANCE TALMADGE
NORMA TALMADGE
ALICE TERRY
OLIVE THOMAS
MADELAINE TRAVERSE
RODOLFO VALENTINO
VIRGINIA VALLI
VERA VERGANI
MARIA WALCAMP
GEORGE WALSH
GLADIS WALTON
FANNIE WARD
PEARLT WHITE
BEN WILSON

20 céntimos ejemplar

Diez por ciento de descuento tomando toda la colección

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por
Giro Postal a **Publicaciones Mundial**. Apartado de Co-
rreos 925. Barcelona.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— »
Blouse Ideal	»	2'50 »
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 »
Ideal Parisiën	Mensual	3'— »
Joie des Modes de Paris . .	Temporada	4'— »
Manteaux et Costumes de		
Promenade	»	3'— »
Mode de Paris	»	3'— »
Mode Nationale	Mensual	1'25 »
New Ladies Fashions . . .	10 veces año	6'— »
Patrons Favoris Dames . .	Temporada	3'— »
» » Ceremonies . . .	»	5'— »
» » Blouses.	»	5'— »
» » Enfants	»	3'— »
» » Lingerie	»	5'— »
» » Tailleur.	»	5'— »
» » Gentlemens . . .	»	5'— »
Fashions	»	5'— »
Patrons Favoris Travestis. .	Anual	5'— »
Paris Chic	Mensual	5'— »
Toilettes d'enfants.	Temporada	2'50 »
Toilettes Modernes	»	2'25 »
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 »
Tres Chic	»	4'— »

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barará, 15. Apartado 925—Barcelona